

No te doblegues ante tu enemigo; a tu contrario lo debes de tratar con la misma energía que él te tratara. Si te sientes débil, caerás en sus tupidas redes.

RENOVACION

ANO XIII :: Fundada por la Sociedad de Tipógrafos :: PUBLICACION SEMANAL :: Dirigida por un Consejo de redacción :: NUM. 508

El producto de la suscripción de este periódico, está destinado a favorecer a los tipógrafos sin trabajo. || Jaén 9 Mayo de 1938 || Todo por la clase y para la clase. Ayúdame y te ayudaré. No abandones la causa común. Defiéndela.

Un emboscado es una burla contra los que se baten y una injuria para los que caen

MIENTRAS LAS DEMOCRACIAS HABLAN

España, reserva moral, de Europa

En presencia del drama que estamos viviendo hemos recordado muchas veces el acierto profético de una frase pronunciada hace años —cuando no podía presumirse el trance heroico de estos momentos— por el conde de Keyseerling. La frase es ésta: «España es la gran reserva moral de Europa.»

La clara visión, el sagaz espíritu observador del viajero filósofo supieron atisbar, en las postrimerías de la Dictadura y en los albores de la República, la contextura del pueblo español, que en la aparente ingenuidad con que celebraba su triunfo en aquellos luminosos días de Abril, de 1931, no turbados por un rencor ni por una represalia, guardaba, latente, su férrea voluntad de defender a sangre y fuego aquella legítima conquista.

Siete años de opresión acababa de sufrir la nación española cuando el régimen republicano, limpiamente nacido en las urnas electorales. Bien es verdad que durante aquel septenio no tuvo la dictadura día tranquilo. Los sectores más calificados del país levantaron constantemente su protesta contra aquel sistema de oprobio, cuya única virtud, acaso, fué la de no ser cruel; pero que como contrapartida ofrecía la nota cómica de sus procedimientos simplistas de la chocarrería del dictador y de la ausencia de sindéresis de que eran expresión sus inolvidables notas oficiosas.

Claramente se veía, aun bajo la Dictadura, que España no era un cuerpo inerte, sino un organismo vivo y con la sensibilidad muy despierta. Vino después la República y quiso España ser rectora de su porvenir. Contra este propósito se alzó todo lo caduco e inservible del país, logrando abrir en la obra de renovación iniciada, el paréntesis del bienio radicalcedista. De nuevo la voluntad española se patentizó en las elecciones de Febrero del

36, y nuevamente se levantó contra sus designios la reacción, maridada esta vez con países extranjeros que, con miras interesadas y egoístas, apoyaron a los facciosos. El cálculo estribaba en ahogar a corto plazo el espíritu de libertad y de independencia de los españoles; pero no se contó con la tenaz resistencia del pueblo. Menos observadores, menos perspicaces nuestros enemigos que el conde de Keyseerling, no acertaron a ver que nuestro país—aun mermando territorialmente, aun sorprendido por la traición, aun acosado por la superioridad material de sus adversarios—seguiría siendo «la gran reserva moral de Europa.»

¡Qué claro se ve ahora el sentido de la frase! ¡Con qué nitidez resalta su exactitud! Mientras las democracias, que saben lo que en el pleito se ventila, pierden el tiempo en sutilezas para evitar lo inevitable, para soslayar un peligro que es más grave cuanto más se tarde en salirle al paso, el pueblo español, la auténtica España, lucha denodadamente, resiste con heroísmo y desconcierta los planes del adversario, consciente de que no pelea sólo por su propia causa, sino por la libertad del mundo.

Sabe España que en el reloj universal ha sonado para ella una hora decisiva. Hora en que está llamada a realizar una misión de carácter ecuménico. Y quiere colocarse a la altura de su destino y de su responsabilidad. Si los demás países no lo comprenden así, ¡tanto peor para ellos! Bástale a España la convicción de que su actitud y su suerte han de repercutir ampliamente fuera de su ámbito territorial. Bástele saber que podrá ser aplastada, pero no sometida. Y es suficiente para colmar su orgullo la seguridad de que quienes hoy se desentienden de su sacrificio han de reconocer mañana que en esta

Firmeza inquebrantable

Ahí están. El Ejército «de Franco», que en su mayor parte no sabe hablar español; los técnicos que Hitler envía con permiso de la no intervención; las divisiones de Mussolini, que sólo van hacia delante por sorpresa, es decir, cuando no se acuerdan de su costumbre; los moros que defienden la religión de nuestros mayores y se llevan los cálices como Dios manda; los terciarios, espuma del bandidaje internacional. Ahí están los que vienen a salvarnos de acuerdo con Franco el «patriota».

¿Y qué? Con toda la aviación, con todos los cañones, con todos los forzados que traigan «voluntariamente», no lograrán su propósito, no podrán esclavizar a España, el pueblo glorioso cuyo solo nombre emociona al mundo. Ahí están ellos. Otras veces «estuvieron» también. En Madrid, en Guadalajara, en Pozoblanco. Podrá haber desequilibrios momentáneos, podrá haber reveses; pero la jugada final será nuestra. Parezca lo que parezca a los timoratos. Pase lo que pase y tarde y lo que tarde en pasar.

Tres naciones y media, más va guerra de España se ventilaba también algo que directamente afecta a esos fríos espectadores.

¡Reserva moral de Europa! ¡Justo título revalidado a diario en los campos de Aragón, de Levante y del Centro! No importa que juzgando por apariencias talaces se nos dá por extinguidos. España vive aun, y seguirá viviendo como país independiente y libre. Y no sólo vive, sino que es consciente del gran papel que la Historia le ha asignado. Reserva moral de Europa y clave de su porvenir. Y para llenar ese papel dignamente, no regateará ese sacrificio, que algún día será motivo de vergüenza para los que prefirieron apartarse de la contienda, dejándonos íntegro el honor y el orgullo de esta empresa ejemplar.

rias escurriduras, no pudieron hasta ahora con nosotros, y seguirán impotentes. Si ellos han acumulado elementos, nosotros los reuniremos también. Se verterá mucha sangre, se destruirá mucha riqueza; pero la República triunfará.

Firmeza, más firmeza que nunca. Fe en el genio de la raza y en el heroísmo de nuestros luchadores. No decaigáis nunca. Cuando se presente la adversidad debéis pensar: «Hay un mañana». Y debéis prepararlo sin descanso, sin tibiezas, sin atropellamientos, con el tesón sereno de las grandes decisiones.

Hay que trabajar sin regateos. O trabajamos para salvarnos, o nos esclavizan. Hay que acatar la disciplina más rígida. O nos disciplinamos para ser libres, o facilitamos la barbarie desenfadada de los campos de concentración, de los asesinatos.

Impongamos el tono de guerra. A muerte es la que estamos riñendo. Nadie vacile. ¡Fuera los cobardes! No se toleren argucias en la prestación de los servicios que la Patria demanda. Un emboscado es una burla contra los que se baten y una injuria para los que caen. Y el que propala «impresiones» que pueden deprimir a los débiles, y el que vive de encarecer la vida de los demás, son asimismo enemigos. Como enemigos hay que tratarlos. Con la misma, exactamente la misma, consideración que ellos nos dispensan.

Este de hoy es «un momento» de la pelea. Se nos desgarrarán las carnes, pero superaremos la dificultad. Esta y las que vengan, que muchas han de venir. Es la hora de la epopeya. España evitará a Europa un retroceso de siglos. La Historia nos ha puesto en una encrucijada que hemos de iluminar con resplandores inmortales. Es nuestro destino, nuestro dolor y nuestro orgullo.

¡Firmeza inquebrantable! ¡Adelante hasta el fin! Aunque tengamos que pisar el propio corazón. ¡Adelante!—Abraham POLANCO.

Desquite histórico

La humillación del espantajo romano

por MATILDE DE LA TORRE

Era en los tiempos negros de «la peste negra»; de los santos y los leprosos; cuando los dos sombríos Poderes del Imperio y el Papado reñían en Germania la lucha a muerte por la hegemonía en el mundo.

Uno de los episodios más representativos de la ferocidad de aquella lucha es el que nos cuenta la Historia con la escena de «la humillación de Canosa». Un emperador germánico, con los pies descalzos sobre la nieve, con la cabeza descubierta y con una pobre capa de peregrino por todo abrigo contra el viento helado, espera pacientemente a las puertas del castillo de Canosa que su santidad el papa se digne recibirle...

¿Por cuáles caminos había llegado a aquella situación todo un monarca de los más poderosos de la Tierra? Por los caminos espirituales. No había entonces otros, ni hoy los habría tampoco, que redujeran a tan miserable situación a rey alguno del mundo. Guerras asoladoras y exterminios de toda clase se producirían antes que dar lugar a una tal escena.

Pero en aquella ocasión no se trataba de las armas humanas, y Enrique «el Desdichado» nada podía ya con sus ejércitos, porque el enemigo contra quien luchaba poseía una arma entonces incontrastable para cualquier monarca, por poderoso que fuera: la «excomunión». El emperador, por haberse atrevido a luchar en guerra contra el papa, había sido fulminado de la maldición divina, que fluía por la boca rencorosa del vicario de Cristo en la Tierra como fluye el veneno por la uña del escorpión. Todos sus ejércitos no podían librar al emperador Enrique del Infierno, adonde estaba a punto de caer en el momento mismo de su muerte, muy probable ésta, por otra parte, ya que su mismo pueblo le fué hostil en cuanto le supo excomulgado. Y el orgulloso monarca, cogido por su mal entre el rencor inexorable de la Iglesia y el recelo temeroso de su pueblo, no tuvo más remedio, para salvar su vida y su trono, que humillarse ante el sumo pontífice, alojado entonces en el castillo de Canosa.

Tres días con tres noches pasó allí el príncipe, hasta que, en una helada mañana de febrero, unos criados de la condesa Matilde le franquearon la entrada, llevándolo

con todo respeto asido al extremo de una soga. Así comparció ante el papa. Así recibió la absolución de sus desacatos pasados. Cuando se levantó, absuelto del anatema, había dejado allí, en el suelo de la estancia, su trono y su vida, que poco después le fué arrebatada. Su pueblo, si se horrorizó de tener un príncipe anatematizado, mucho más se asqueó de tener un príncipe humillado ante el poder enemigo.

La Historia, con su verbo escueto, nos pinta en esta escena la característica de la pugna entre la Iglesia feroz y los príncipes bárbaros. El punto vulnerable de aquellas épocas era el temor al Infierno. La eternidad era administrada por la Iglesia, aunque el tiempo perteneciese a los emperadores.

Y era el terror espiritual tan irresistible, que sólo el amanecer de la filosofía enciclopedista, extendida con el librepensamiento en los dos últimos siglos, logró desarmar en gran parte el Papado, arrancándole de las manos vengativas enormes jirones del odioso espantajo del «anatema».

De «la humillación de Canosa» no quedaron fotografías, claro está. Pero sí quedarán, para ejemplo de los tiempos venideros, de otra escena que pudiéramos llamar «el desquite de Canosa» o «la humillación de Viena».

En un periódico de actualidades encuentro la escena «revanchista». Aquí está un arzobispo católico, subvicario de Cristo en la Tierra y príncipe de la Iglesia Romana, ofreciendo humildemente su mano al «führer» germánico, después de haberla extendido en aparatoso saludo de acatamiento al atropellador de su patria y de su Iglesia. Este arzobispo Innzintger, que se rinde aquí sin condiciones al príncipe temporal, al príncipe «de hecho», y precisamente al genuino perseguidor del poder papal; al que asesina a los sacerdotes católicos; al que se atreve a mirar con desprecio al poder espiritual encaramado en la silla de san Pedro hace veinte siglos... Este arzobispo de Viena es el desagraciado justo del emperador Enrique.

Hasta este arzobispo de Viena, jamás príncipe alguno de la Iglesia se había rebajado a la potestad civil. Cuando mucho, la había acatado «sub conditione»; cuando mu-

PICOTA

¿Se han enterado ustedes de que Imperio Argentina se declaró faccioso y de París pasó al territorio esclavizado por los ex generales traidores?

¿Saben ustedes que Florián Rey traicionó también la causa del pueblo y marchó al campo faccioso rebelde para combatir a su patria?

¿Se han enterado ustedes de que Miguel Ligeró está también entre los fascistas por su propia voluntad?

Pues con estos antecedentes no creemos que pueda tolerarse, ni menos autorizarse, la proyección de «Morena Clara».

Con la compañera de borracheras de Queipo, con la que habló por radio en Sevilla, luego de las «charlas» del famoso curdela para insultar a la República y al pueblo, no podemos tener los antifascistas la menor consideración, ni podemos tolerar su figura y su gesto de alcohólica y su voz ya aguardentosa, ni en la pantalla.

¿No les parece a ustedes?

Pues vamos a quemar ese celuloide.

¡Camaradas! Leed RENOVACION

cho, mucho, la había «amparado» con sus bendiciones, siempre que esa potestad temporal se asociase a la Iglesia; pero jamás, jamás, la Iglesia, al recibir una bofetada en la mejilla derecha, había presentado la izquierda al ofensor. La contestación, por inoperante que fuese, consistía, por lo menos, en la excomunión, y por lo más, si la Iglesia podía hacerlo, en la hoguera. La Iglesia no perdonó nunca un desacato ni a príncipes ni a plebeyos. La Iglesia, aunque provocase la sonrisa de los incrédulos, lanzaba el veneno de la condenación eterna por el diente del anatema, aterrorizando a los grandes sectores sociales aún en las tinieblas espirituales. El prestigio de sus enemigos quedaba debilitado; y de tal modo, que los príncipes que alguna vez se atrevieron a salir de la tutela de Roma, no se aventuraron nunca solos frente a ella, sino que tuvieron necesidad de crear Iglesias nacionales que contrarrestasen la furia de la Iglesia romana. Así, Inglaterra y Alemania construyeron sus baluartes político-religiosos con sus reyes-papas, fefes de sus Iglesias respectivas.

Hitler, ni siquiera eso. Hitler es un poder aparte del mito religioso.

Plato de guerra al día

Francia, por no saber aprovechar la lección sangrienta y heroica del pueblo español, irá a desembocar, desde su Bienio Negro, a otro 19 de julio, cuando todo esté ardiendo y los bomberos en huelga.

Alemania e Italia están haciendo en España la primera parte del papel de «Don Quintín el amargao». Y es porque Inglaterra y Francia son incapaces de hacerle tragar a don Quintín el hueso de aceituna. Pero se lo haremos tragar nosotros.

Lord Plymouth, es el nuevo Beltrán Duguesolín. Su «señor», es Hitler.

Urge borrar del diccionario y de la práctica, los siguientes vocablos ruines: «pelotilla, lisonja, adulación, rencilla, zancadilla, discordia, envidia, tirria, aversión, animosidad, susceptibilidad, aburrimiento, hastío y memez». Interesa advertir que esta receta es para uso interior de los antifascistas.

Tampoco es admisible que determinados reclutas sean todos aptos para Sanidad. ¿Por qué esos privilegios injustificados? Póngaseles ante un fusil, una pala y un pico. Y que tengan que optar por el manejo de uno de esos adminículos. El que no quiera disparar, que hínque el pico; en cualquiera de las formas que eso se puede hacer.

No tiene el flanco débil de la superstición «post mortem.» Es el tirano perfecto, saturado de odio frío, blindado contra la fe, con el cual, según parece, no contó nunca la Iglesia romana.

Y hoy, el arzobispo de Viena es el primer traidor al prestigio de la sede apostólica, renegando del orgullo eclesiástico, fuerza hasta hoy peculiar de la Iglesia. Se rinde el atropellador de su religión, estrecha la mano asesina de sacerdotes católicos. Reconoce «de hecho» que la Iglesia ha desaparecido como poder superior a las jerarquías terrenas. La figura clásica de Judas palidece ante la negra cobardía de ese mitrado, que entrega su institución secular al primer tirano que no ha creído en ella.

El cardenal-arzobispo acaba de ofrecer a Germania el desquite de Canosa. Bien elegido el momento y la persona ante quien resignar sus poderes espirituales. Hitler, renegado del Socialismo, recibe el homenaje de Innzintger, renegado del Catolicismo. Judas Iscariote y Enrique «el Desdichado» se han levantado de sus tumbas y al son del himno fascista han bailado la zarabanda internacional de su reconciliación sobre las ruinas del espantajo romano.

DOS SIGLOS DESPUES

La antigua y la nueva europa

Al promediar el siglo XVIII, un pueblo de gloriosos destinos se había convertido en uno de los Estados más importantes de Europa: Polonia, que logró abarcar (con Lituania, Rusia blanca, Volinia, Gurlandia y gran parte de Ucrania y Galicia-Pelodia) 800.000 kilómetros cuadrados. Si es cierto que llegó a establecer contacto con la civilización occidental, adelantándose a otros países eslavos, lo es también que los reyes electivos y la nobleza no supieron constituir un Gobierno que le pusiera al margen de la inseguridad nacional. Así Polonia se disolvió, en la codicia ajena, y el Estado cayó en manos de Rusia, Alemania y Austria, perpetrándose el famoso reparto de Polonia. En 1772 comenzó la escisión; en 1795, Polonia había desaparecido en poder de sus vecinos poderosos, para reaparecer en el Gran Ducado de Varsovia (1807), como reino autónomo en 1825, como País del Vístula en 1830. De Polonia sólo quedó el espíritu. Fue lo bastante para mantenerse fiel, al través de hondas convulsiones, a su historia y resurgir en 1919, fecha de la reparación con el reconocimiento de su independencia.

En su tiempo el reparto de Polonia provocó grandes tormentas de indignación que perduró vibrando en la conciencia universal emocionada por los estadistas y los pensadores que protestaban del crimen histórico; de los moralistas, de los demócratas y de los poetas que cantaban a la víctima de la tiranía. El mundo conservaba el sentido de la justicia y puras normas de ética. Ya parece que todo eso lo perdió el mundo. Lo hace suponer la asombrosa iniciativa que se tomó ha poco con facilidad ingénua y desenfado inaudito. La propuesta del Japón a dos naciones para repartirse China.

Simplemente se da la noticia del propósito en unas líneas de prensa, y el mundo se entera sin la menor expresión externa de asombro. Interesaba China al Japón y el Japón quiso apoderarse de China y aun tuvo la generosidad—de que parece haberse arrepentido—de ofrecer participaciones en el negocio. Quiso hacerlo con la facilidad que una revolución triunfante se incauta del inmueble que le conviene. Débese el fenómeno, a que se ha perdido el sentido ético en la vida internacional. De lo cual se desprende que una sociedad capacitada, cuyo ele-

mento básico es la propiedad privada, no se inmutan en presencia de la depredación de la propiedad colectiva de una nación. Estima delicto el atentado a la parte y admite el atentado a todo. Así, cuando el Estado fuerte se apodera violentamente del Estado débil, la diplomacia, del brazo del egoísmo y del miedo, encuentra fórmula de acomodamiento y absolución.

Necesita un país expansión territorial o primeras materias de que carece o la realización de un sueño histórico o camino de acceso a empresas de revancha o de codicia, pues se lanza brutalmente sobre la presa y se apodera del territorio que le plazca, del venero de riqueza ansiado, convierte en realidad el sueño histórico, o aduénase del campo codiciado, sin respeto al derecho de gentes, a la seguridad colectiva, a la ley moral. Y lo desconcertante es que los países espectadores quizás hagan un gesto de repulsa, más pronto se adaptan a la teoría del «hecho consumado» y encuentran lícita la expoliación o al menos reanudan contacto diplomático con el expoliador. Todo esto es inmoral, ilícito, monstruoso, pero real y cómodo para las grandes potencias que trocan en su descargo la necesidad suprema de conservar la paz.

Estas nuevas normas de convivencia van difuminando la conciencia del bien y del mal y trastocándolo todo, el punto de ser los demolidores de los fundamentos sociales los que alardean de encarnar el orden y la ley. Hemos progresado en materia internacional. Sin duda. Lo que dos siglos ha no se pudo hacer sin la condenación enérgica del mundo, el mundo, vencido con los progresos del Derecho internacional, lo hace sin que se altere una de sus fibras. Entonces el reparto de Polonia alcanzó resonancias de crimen histórico. Ante hechos análogos nadie ya se encoleriza ni protesta. Se ofrece tranquilamente el reparto. Si no prospera el ofrecimiento, el proponente pone manos a la obra por su propia cuenta. Y hasta puede ocurrir que, aleccionado por la moral al uso, el país que un día se revolvió enérgicamente contra los que se lo repartieron, andando el tiempo pretenda apoderarse violentamente del país vecino sin otra razón que la de que lo necesita y es más débil. Es verdad que tampoco en este caso Lituania ha tenido más defensa que la propia humillación.

Darío PEREZ

¡A LAS NOVIAS!

Sin que tú me lo digas, muchacha, sé de sobra que los días son cortos para tí cuando estás junto a tu novio, como sé también que las horas pasan sin sentirse y los minutos volando.

Sé también que el goce que experimentas junto a tu amado es algo que tú no sabes explicar de tan hondo e íntimo como lo sientes.

Igualmente sé que quieres a tu novio como ninguna—eso lo decís y os lo creéis todas...—, pero no seas egoísta. No quieras a tu novio para tí sola. Hay alguien que en estos momentos está por encima de tí, por encima de tus deseos, de tus caprichos, de tus amores. Y esa personalidad intangible que en estos instantes manda más que tú en él es la patria. Es España que sangra por defender su independencia. Es España, que siente sobre su suelo las pezuñas de la bestia fascista.

Tú no puedes ser, ni lo serás, egoísta; tu novio no es de distinta condición que los demás españoles. Cuántas como tú no tenían ojos más que para mirarse en los de su amado, y hoy andan tristes por las calles, pero alegres en el sagrado de su conciencia, porque el pensamiento está junto a él, dándole calor y vida en la línea de fuego o al abrigo de la trinchera!

Tu novio no puede ser una excepción; si es un cobarde, es indigno de tu cariño...; y si no lo es, por qué le ayudas a que lo parezca?

¿Temes que te lo maten o vuelva mutilado? No seas tontaina; desecha esos pensamientos, pues aunque desgraciadamente ello pudiera sucederle, no es preciso que sea él el desafortunado.

Yo quiero que me contestes a mí, en voz muy bajita, sin que él se entere. ¿No te da un poquito de vergüenza el verlo a tu lado, hecho un hombretón y «repartiendo salud, cuando otros, tan pequeñitos y encienques se baten como gigantes?

¿Que sin él igual se ganará la guerra? Cierto que sí, muchacha... ¡pero si así pensaran todos!

Yo no quiero que tú le incites a

que vaya al frente porque sienta el antifascismo, o la lucha de clases, o la invasión de que es objeto nuestro solar patrio. Ni aun por eso quiero que le lleves a combatir.

Sólo aspiro a que le convenzas a empuñar el pico o el fusil contra la facción... por tí; en defensa tuya. En defensa de tu cuerpecito, por tu carita, por tus risas, por tus rabietas, por todo «eso» que a él le hace tan feliz y que un día podría romperse, si fueses víctima de los torpes y feroces apetitos sexuales de un rifeño, de los muchos que integran el ejército «nacionalista.»

Ya sé que sólo de pensarlo se te han vidriado los ojos y helada la sangre, y ello, muchacha, podría ocurrirte si hubiesen muchos novios que como el tuyo se hiciesen el ánimo de que la guerra deben ganarla los «otros.»

Tu novio, tu amado, tu cariño, no tiene en estos segundos otra misión, otra obligación, ni otro deber que el de defenderte. Y podrá defenderte ahora que el enemigo está relativamente lejos. Cuando esté encima no podrá hacer otra cosa que presenciar con lloros de mujerzuela tu profanación.

Hoy mismo, muchacha, no esperes a mañana, haz que tu novio se enrole como voluntario en el Ejército de la República; envíalo a que te defienda, y bésalo, bésalo con fuerza al partir, dándole alientos, dándole entusiasmos, dándole tu calor y tu vida, que falta le harán en el fragor del combate.

Si no lo haces serás tan repugnante como él; tú misma cavarás la sepultura a tu virginidad, y aunque te consideres feliz, dentro de tu torre de cristal, dentro de tu egoísmo, yo sé que en lo íntimo de tu conciencia, ésta que no engaña nunca y que no sabe de velos ni embustes, cuando sus ojos busquen los tuyos y vuestros labios se junten, de tu boca saldrá una sola y amarga palabra: ¡Emboscado! ¡Emboscado! ¡Emboscado!!!

TRISTEZAS.

VISADO POR LA CENSURA

Manuel Campos Lucha

AGENCIA GENERAL DE NEGOCIOS

MARTINEZ MOLINA, 11. TELÉFONO 434. JAEN.

Representación de Ayuntamientos. Empresas industriales. Certificados de Catastro. Licencias de caza. Cuotas militares. Asuntos de Hacienda, Matrículas de automóviles. Carnets de conductores. Expedientes Junta de transportes servicios públicos de viajeros y mercancías.

Pasaportes para visitar el extranjero.

RENOVACION

PRECIOS DE SUSCRIPCION
Jaén, un mes. . . . 1'00 pesetas
Fuera, trimestre . . . 3'50 »
Número suelto, 15 céntimos

TRANSIGENCIA ES EFICACIA

LA REPÚBLICA DEMOCRÁTICA, ASPIRACIÓN COMÚN

La guerra que sufrimos, va para veintidos meses, ha sido una fuente preciosa de enseñanzas. Todos sus horrores, con su inevitable aspecto negativo, pesan menos en el curso de la Historia que los beneficios que ha de reportarnos. Desde luego ha terminado con toda clase de infantilismos revolucionarios. Los radicalismos de partidos y Sindicatos ceden ante el denominador común que a todos afectaba. Ni anarquismos, ni marxismos, ni republicanismos integrales. La experiencia ha llevado a la convicción de bajar la puntería a los unos y de ponerse al corriente con la hora de España a los otros. El Gobierno actual resume las diversas corrientes teórico-prácticas de las organizaciones y partidos, sin excluir a ninguno. Y fijémonos bien: la declaración ministerial reciente no obedece, como alguien pudiera imaginarse, a imposiciones extrañas ni a maquiavelismos de política interior. No, no. Nadie se llamó a engaño. El esquema que en su nota trascendental trazó el Gobierno como fundamento de la República que emergerá de la tormenta que nos estremece, se encuadra perfectamente en el lugar y en el tiempo justos que corresponden a la evolución de nuestra economía y de las condiciones psicológicas de nuestra nación. Con toda crudeza lo decimos, pero también con toda convicción; si llegamos a ganar la guerra a los pocos meses de su comienzo, nuestro triunfo hubiera sido un sembrero de desastres. De desastres económicos, sociales y políticos. «Pero nos hubiéramos ahorrado muchas vidas y muchos dolores,» dirá alguno. ¿Está seguro de ello? Es más que probable que aquel triunfo rápido hubiese sido manzana de discordias durante varios años, y el ímpetu revolucionario se hubiese esterilizado en luchas intestinas capaces de permitir que levantase otra vez la cabeza el enemigo común. La España negra habría salido ganando a la larga con una victoria efímera de un Prente Popular medianamente cuajado. Cada fracción de éste hubiese tirado por su lado, pretendiendo imponer su fanatismo dogmático. ¿Carecemos acaso de todo fundamento para sostener esta hi-

pótesis? A través del calvario de esta campaña terrible hemos cernido nuestras ideas; hemos medido con bastante exactitud nuestra preparación; hemos comprendido el grado de desarrollo de nuestra economía y la relatividad del sistema que debe aplicársele; nos hemos dado cuenta, en fin, de que con frecuencia lo mejor es enemigo de lo bueno. Nuestro espíritu se ha templado en la lucha; se han podido canalizar programas diversos para hacerlos concurrir a la consecución de intereses comunes; se está viendo que una medida inflexible no es válida para todos los países ni para momentos distintos. Nuestro aprendizaje ha sido y está siendo dolorosísimo; pero, en la misma proporción fecundo. En ningún momento de nuestra vida sindical y política sentimos mayor alegría que cuando dos organizaciones tan poderosas y casi rivales mostraron su comprensión al fundir sus esfuerzos para alcanzar la misma meta, que no es sólo la obtención de la victoria, sino la edificación del país de la postguerra. ¿Hubiese sido esto posible si en el horizonte cercano no hubiesen visto las orejas al lobo, que las devoraría juntas sin entretenerse a mirar los colores de los carnets?

Sin velos, sin tapujos, sin reticencias, sin segundas intenciones, todos los partidos y organizaciones sindicales, por boca del Gobierno que los representa, dicen contestes que «luchan, primeramente, por asegurar la independencia absoluta y la integridad total de España, con sus islas y posesiones, y, después, por una República organizada, jurídica y socialmente, conforme a la voluntad nacional, expresada libremente mediante un plebiscito sin limitaciones y con plenitud de garantías.» La declaración no admite exégesis por su evidencia. Nadie pues, sueña pues con llevar a la nación al molino de su secta. Por otra parte, no puede concebirse actitud más acorde con el momento actual de España y, sobre todo, con lo que habrá de ser el momento de la victoria, puesto que esa República democrática a que aspiramos «hoy» es la condición previa indispensable, como base o punto de partida,

Base de la República será la democracia campesina

El Gobierno de la República ha expresado en una nota los fines que los españoles, legítimamente representados por él, persiguen en esta guerra. La declaración no tiene desperdicio. Es un programa que refleja exactamente el sentir de toda la nación y que abarca las necesidades a que era necesario atender para dar a España el rango de los países más adelantados. Contiene trece puntos de capital importancia, a cada uno de los cuales nos veríamos obligados a dedicar una extensa glosa. Sin renunciar a ello cuando el espacio nos lo permita, nos hemos de pasar en silencio el tema de la reforma agraria al que se hace referencia en la declaración ministerial. España, eminentemente agrícola, no podrá dar un paso en la cuesta de su resurgimiento si no liquida de una vez el viejo sistema de propiedad semi-feudal, inhumano, antinacional y antieconómico que fué siempre el obstáculo para el desarrollo de las grandes posibilidades del país. La España naciente se asentará sobre una sólida y amplia democracia campesina que será dueña del terreno que fecunda con su trabajo.

Hasta el advenimiento de la República el campesinado no contaba. Pequeño propietario, pegasalero, rentero, criador o jornalero, su vida era un apéndice del gran terrateniente. Su personalidad, más que disminuida, estaba anulada. En nombre de la pequeña propiedad se aumentaban las tarifas aduaneras de los productos del exterior (cuando la cosecha del pequeño propietario se consumía y no bastaba! Con ello se facilitaba el agiotaje de los intermediarios y se encarecía la vida. Poniendo de testafierro a la pequeña propiedad se rechazaban las subvenciones del Estado, pero se concedían préstamos ruinosos mediante hipoteca que convertían en poco tiempo en jornalero al pequeño agricultor. Este, al igual que los braceros, a quienes además explotaban, vivía miserablemente. Todo su sudor servía para colmar las arcas del usurero y del gran propietario. Como el arrendatario, como el jornalero, trabajaba sin descanso para maridar-

para que cada sector pueda trabajar libremente, en pró del ulterior advenimiento de otro régimen, el que, en lucha pacífica, gane mayor número de conciencias y voluntades. La guerra que sufrimos ha hecho el milagro de que España se encuentre a sí misma. Si no existiera el determinismo en la historia, tendríamos que agradecer este hallazgo a la insensata rebelión de las castas tradicionales.

se, él y su familia, con la miseria material, con la ignorancia y con el sometimiento más servil al cacique, al acaparador, al gran terrateniente. El nivel de su existencia era bastante inferior al del tipo medio del obrero de la fábrica. Y, sin embargo, su inconsciencia le hacía creer que sus intereses estaban más próximos a los de Urquijo o a los de los latifundistas que a los del simple proletario. Adscrito a la gleba, sumiso al cura, carecía de todo, hasta de conciencia de clase. Por eso votaba a quienes le indicaba sus amos. Desde otro aspecto, sus fincas producían mucho menos de lo que debían a causa del desamparo en que el Estado lo tenía y de su carencia absoluta de instrucción profesional, puesto que los métodos e instrumentos de labranza eran primitivos, las semillas no se seleccionaban, ni se aplicaban los abonos convenientes. El sistema de arrendamiento era de un leoninismo bochornoso. Apenas cubría los gastos el cultivador. Los braceros, cuando trabajaban, percibían jornales para cubrir malamente las necesidades biológicas de la familia; pero existían temporadas, invernales sobre todo, en que el hambre se enseñoreaba de sus hogares. La población campesina con o sin pequeña propiedad forma el sistema nervioso de la nación española. Hasta ahora, sin embargo, apenas si se le ha tomado en cuenta; porque la República del 31 no hizo más que ver el mal sin atreverse a extirparlo. Sus propósitos se evaporaron en páginas de la «Gaceta» y en buenas intenciones. Por eso España, la España fundamental, siguió siendo un feudo de aristócratas y privilegiados de toda calaña. La República que surgirá de la tragedia que nos han impuesto las castas tradicionales, indígenas y extranjeras, se cimentará especialmente sobre el agro, cuya población duerme todavía bajo las tinieblas de la noche medieval. La tierra será para quien la trabaje individual o colectivamente. El campesinado será atendido de modo singular por el Estado. Su miseria económica intelectual y moral desaparecerá; iluminada su conciencia, será el núcleo de la gran democracia española que nos reserva el porvenir. La sangre que se derrama en los campos de batalla, lo mismo que el sudor vertido en los surcos de las tierras de labor en estos momentos en que se impone la intensificación de esfuerzos, no serán estériles. Una y otro engendrarán la futura democracia española, independiente, pacífica y feliz. Bien vale el empeño el dolor y las molestias, por grandes que sean, de la lucha que sostenemos.

VISADO POR LA CENSURA